

# Un nuevo tratado de micenología

Ignacio R. ALFAGEME

Universidad Complutense de Madrid

BERNABÉ, A.-LUJÁN, E., *Introducción al griego micénico. Gramática, selección de textos y glosario*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2006, 363 págs.

El libro que nos ofrece la Universidad de Zaragoza es mucho más de lo que podría pensarse por el título. Concebido como un manual para los estudiantes de clásicas que quieran seguir los estudios de micénico, es en realidad una puesta al día de los numerosos problemas en todos los niveles lingüísticos que plantea esta forma de griego del segundo milenio a. C., como viene a hacer en otro nivel y con otra orientación el manual de Bartoněk (2003), que está concebido como una descripción gramatical centrada ante todo en la morfología que ocupa un tercio del volumen, aunque no exclusivamente, como iremos señalando a lo largo de esta reseña.

Una simple mirada a las ocho partes en las que está dividido el manual demuestra con claridad lo ajustado de esta afirmación. Comienza el volumen con una introducción general en la que se trata del dialecto micénico, se describen los documentos y los problemas que plantean las tablillas incluyendo las manos, el tipo de información que nos proporcionan y las distintas publicaciones especializadas en este ámbito de estudio. Las cinco partes siguientes se dedican a la gramática comenzando por la escritura y sus problemas, lo que ocupa más de 60 páginas, y siguiendo por la fonética (57 páginas), la morfología (62 páginas), incluyendo una panorámica de las distintas escrituras relacionadas con la lineal B (pp. 70-82), como también hace el manual de Bartoněk (2003: 16-49) con más pormenor, la sintaxis (40 páginas) y los problemas que plantea el micénico desde el punto de vista dialectal (6 páginas). Descontando, pues, esta última, cada una de las partes tiene una extensión equivalente. La séptima parte es una antología de textos ordenada por temas (personas, ganado, catastro, ofrendas religiosas, personas de Tebas, metales, textiles, armas, carros y ruedas, enseres de Pilo, artesanía de Pilo, perfumes y varia). La octava parte es un glosario dividido en dos partes, silabogramas y logogramas, que resulta de gran utilidad para la lectura de las tablillas contenidas en la antología previa. El libro se cierra con una bibliografía muy completa que incluye títulos desde 1953 hasta 2006. Únicamente hay que notar la ausencia de un índice temático y de referencias, que sería muy útil, dada la intención declarada de servir de «herramienta para la consulta de textos en lineal B». Incluso podría incluirse, sin mucho esfuerzo, un índice de ilustraciones, que son bastante abundantes (pp. 2, 65, 66, 67, 71, 73, 76, 80, 209), donde podrían figurar también, dada su importancia, los cuadros de las páginas 20, 24, 56-57 (silabogramas), 142 (declinación temática), 148 (declinación en -a), 150 (declinación atemática) y 179 (formas verbales).

En cualquier caso, el mero repaso del contenido deja claro que nos encontramos ante un libro ambicioso y complejo. A pesar de las dificultades, tanto gráficas, como de concepto, que implica la elaboración de un manual de esta complejidad, hay que decir que el libro se ha editado y corregido con esmero, hasta el punto de que es difícil encontrar erratas o inconsistencias<sup>1</sup>, lo que es digno de elogio dada la dificultad de ser plenamente coherente en un trabajo como éste. La lista que figura al final de esta reseña, por lo tanto, es más una prueba del esfuerzo de corrección de los autores que un indicio de descuido.

Desde un punto de vista formal el libro se lee con facilidad, aunque hay alguna redacción que podría simplificarse (véase, por ejemplo, la segunda frase del tercer párrafo de la página 202, «Curiosamente...», o el primer párrafo del apartado 3. 3 en p. 61), y alguna expresión que podría evitarse, como el bastante frecuente uso del coloquialismo «sí que», o el empleo de «eses» (p. 105) para designar la silbante reciente. También sería recomendable modificar la redacción del tercer párrafo de la página 48, donde se dice «no cabe duda de que los grupos iniciales  $\sigma\pi-$  y  $\sigma\tau-$  son tautosilábicos y, de acuerdo con el principio general, deberían escribirse»; la frase ganaría claridad añadiendo un complemento en el que se precisara cómo deberían escribirse estos grupos (por ejemplo: «con dos signos silábicos» o «sin omitir la silbante inicial»).

Las traducciones de las tablillas que se ofrecen en el cuerpo del texto<sup>2</sup> son muy útiles y en general acertadas, sobre todo teniendo en cuenta de que se trata de textos muchas veces ambiguos por su carácter de anotaciones. No obstante quizá se podría haber elegido otra traducción para  $\kappa\lambda\alpha\phi\acute{\iota}\phi\omicron\rho\omicron\varsigma$ , como «ama de llaves» o «llavera», en lugar del cultismo «clavera» (pp. 228, 242, 317). Un buen ejemplo de las ambigüedades y los problemas de interpretación a que pueden dar lugar los textos micénicos se encuentra en las páginas 239-240, donde se recogen tres sellos encabezados por sendos logogramas que representan, respectivamente, una cabra (107<sup>f</sup>), una cerda (108<sup>f</sup>)<sup>3</sup> y un cerdo (108<sup>m</sup>). Al ideograma acompañan en los tres casos dos palabras de las cuales una es un adjetivo de obligación en  $-\tau\acute{\epsilon}\omicron\nu$ , que aparece de dos formas:  $qe-te-a_2$  y  $qe-te-o$ . El adjetivo funciona como el atributo de una oración nominal, que está normalmente en construcción impersonal y, en consecuencia, aparece en neutro singular (TH Wu 50) o plural (TH Wu 51), como ocurre con el ejemplo del griego alfabético, que se aduce muy adecuadamente,  $\acute{\omicron}\mu\acute{\eta}\rho\omicron\upsilon\varsigma\ \delta\omicron\tau\acute{\epsilon}\omicron\nu$ . A la vista de estos ejemplos, resulta cuanto menos dudoso que exista concordancia de género en el tercer ejemplo (TH Wu 96), como se sugiere, es decir, que tengamos atesti-

<sup>1</sup> Con dificultad se encuentran casos como el de  $qe-qi-no-me-na$  y  $qe-qi-no-to$ , que se transcribe con labiovelar sorda en p. 202 ( $\kappa^w\epsilon\kappa^w\nu\omicron\tau\acute{\omicron}\varsigma$ ) y, más correctamente, con labiovelar sonora en p. 333 ( $\gamma^w\gamma^w\nu\omicron\tau\acute{\omicron}\varsigma$ ).

<sup>2</sup> En cambio, las tablillas recogidas en la antología de textos (pp. 251-300) no presentan una traducción al lado, a diferencia de lo que hace el manual de Bartoněk (2003: 501-532), mucho menos extenso (sólo incluye 52 tablillas, frente a las 244 de Bernabé-Luján), que ofrece no sólo una traducción, sino algunos comentarios de interés para la interpretación de los textos y reproduce imágenes de buen número de ellas. La diferencia se explica por la distinta concepción de ambas obras, orientada esta última a los estudiantes universitarios fundamentalmente.

<sup>3</sup> Se trata del sello de Tebas TH Wu 96, que no se recoge después en la Antología de textos (cf. pp. 268-270) a diferencia de los otros dos que sí aparecen en ella.

guada en Micénico la construcción personal de estos adjetivos en la forma *qe-te-a<sub>2</sub>*, que aquí no correspondería al neutro plural, sino al femenino del adjetivo, concertando con el género implícito en el logograma que encabeza el sello (SUS<sup>f</sup>). Desde esta perspectiva resulta quizá más interesante el sello TH Wu 49 (cf. p. 268), que no se menciona en este lugar de la *Introducción*, aunque en él coexisten ambas posibilidades de interpretación y podría, por lo tanto, ayudar a precisar el problema que se discute aquí. En efecto, el adjetivo *qe-te-o*, que aparece referido a un carnero (OVIS<sup>m</sup>), puede entenderse como masculino o neutro, indistintamente. En realidad, creo, aunque es lícito plantear este problema, que no podemos perder de vista la posibilidad de que podría tratarse de una forma fijada, en la que el escriba se ha limitado a poner lo suficiente para recordar los detalles de la anotación sin que se haya detenido a cuidar la sintaxis, sino que se ha limitado a lo imprescindible en un uso que es propio de los enunciados mínimos. En cualquier caso es mérito de la *Introducción* plantear este problema, frente a la postura de Bartoněk (2003: 216, 303 y 335) que interpreta las formas, respectivamente, como nominativo singular o plural neutro sin más discusión.

En la parte que se discuten los problemas de escritura los autores parten, en principio, de la consideración de que la grafía y las variantes gráficas tienen algún fundamento fonético. Así se interpreta, como vienen haciendo los estudiosos del Micénico por otra parte, que las grafías en las que se emplean los signos de las series *wa-* y *ja-* pueden representar el sonido de transición (*glide*) que se produce entre los «fonemas» /w/ y /i/ ante vocal (cf. p. 34 s.); así se explican grafías como *i-je-re-u*, *po-ti-ni-ja*, *i-jo-te*, *ki-je-u* o *ti-ri-jo-we*, o para /w/ *a-re-ke-tu-ru-wo* (Bartoněk, 2003: 140). Junto a esto se hace notar, como es de rigor, la existencia de una ortografía distinta, en la que no se nota el *glide* (*i-e-re-u*, *ki-e-u*, *ti-ri-o-we*), pero no se intenta dar explicación alguna de esta inconsistencia, aunque en el párrafo siguiente se recurre a una explicación fonética para dar cuenta del fenómeno, próximo a éste, de la doble grafía del grupo /wyV/, tal como aparece en *di-wi-jo* / *di-u-jo* o *me-wi-jo* / *me-u-jo*. En casos como éstos, creo, es conveniente tener en cuenta que en realidad se trata de un conflicto en el que entra en juego, tanto el nivel grafemático, como los problemas de silabación. En los primeros ejemplos que se mencionan en la página antedicha, al menos, parece que la alternancia de grafías pone de manifiesto el conflicto con el que se encontraba el escriba en esos casos: tenía a su disposición dos grafemas (signos) para representar una sílaba con un centro silábico ‘e’ y elige entre ellos libremente. En cambio, el segundo grupo de ejemplos es más complejo, y desde luego, distinto, porque en ellos está presente una frontera de morfema, y no parece que aquí los signos de la serie *j-* se empleen para marcar un *glide*. En cambio, como dejan entender los autores, parece que en estos casos está presente un corte silábico inmediatamente antes del signo [wi], pero poco más se puede deducir con seguridad de esta alternancia, porque puede tratarse meramente de un problema ortográfico. En cualquier caso, la complejidad de la interpretación de estos textos hace aventurada cualquier hipótesis. Y no se puede perder de vista el hecho bien conocido de que no se refleja ortográficamente el cierre silábico, sino sólo el inicio y el núcleo (cf. p. 46); el conflicto que esta norma provoca en una lengua como el griego explica las variantes gráficas en las que se

omite o se refleja, por ejemplo, la /u/ de la negación (cf. p. 37), o cualquier otro sonido que se encontrara en esta posición (cf. p. 38, 42, etc.).

Podemos pasar a cuestiones de mayor calado. Respecto al problema de la aspiración de la silbante antigua y su tratamiento de los grupos consonánticos se presenta una discusión pormenorizada<sup>4</sup> en las páginas 106-117. Dentro de ellos los autores parecen inclinarse, en lo que respecta al tratamiento de la silbante inicial en posición antevocálica, a considerar que se conservaba en forma de aspiración en todo el griego micénico, incluso en las tablillas de Cnoso, donde el signo correspondiente ( $a_2$ ) sólo se documenta un par de veces. Sobre este punto se recogen las posturas contrapuestas de Palmer-Boardman, que lo interpretan como indicio de la pérdida de la aspiración, y Ruijgh para quien se trata de un doblete gráfico o de Risch, que apunta a una elección individual de los escribas para explicar la diferencia. Convendría añadir en este punto el hecho, puesto de relieve por Ruipérez (1992: 152), de que en uno de los dos ejemplos de Cnoso (V 118+7561) el escriba (la mano 124) ha escrito en un primer momento *a-ke-te-re* y después ha corregido el primer signo en  $a_2$ , lo que parece indicar claramente que el escriba no pronunciaba la aspiración; a ello hay que añadir que el otro ejemplo de Cnoso procede de la misma mano.

Un buen resumen de las teorías y problemas que plantean los grupos de silbante en contacto con líquida o nasal se encuentra en las páginas 112-115<sup>5</sup>. En el tratamiento de este problema los autores parten del hecho de que la grafía *a-ke-ra<sub>2</sub>-te* implica un cambio; a ello se puede añadir que las pruebas que indican la pérdida o aspiración de la silbante en posición intervocálica, a pesar de los problemas que plantea la grafía (cf. p. 107-108), hacen verosímil pensar que su articulación se ha debilitado también en estos contextos. Para el tratamiento de estos grupos en época micénica se aceptan tres soluciones, como hace también Bartoněk (2003: 146-147), quien deja la cuestión abierta: a) alargamiento compensatorio de la vocal precedente, b) aspiración de la silbante, y c) geminación de la semiconsonante. De éstas los autores excluyen la primera y la última: la primera solución por la diferencia de tratamiento de estos grupos en los dialectos históricos, y la segunda, porque no se cumpliría la ley de Osthoff. De ahí que se concluya que estos grupos habían evolucionado aspirando la silbante de forma que una grafía como *me-no* representa  $\mu\eta\nu\eta\sigma$  o  $\mu\eta\nu^h\sigma$ . De toda esta argumentación lo que sí parece claro es que la ley de Osthoff empieza a actuar cuando estos grupos ya han cambiado, de forma que no se produce la secuencia de /V:LC/ (cf. Lejeune: 1972: 220).

En realidad hay otra posibilidad de explicación, que tiene una tradición más antigua. Wathelet (1969: 820-821 y 1970: 190-191)<sup>6</sup> propone que los grupos /LS/ han pasado a /SL/; esta hipótesis es la que adopta Lejeune (1972: 121 y 129), siguiendo a Grammont (1948: 63-64), quien fecha este cambio en época del griego común y lo justifica como un ejemplo más de la tendencia de las consonantes a abrir sílaba con los paralelos del latín *vespa* < \**wepsa*, a.a.a. *wafsa*, lit. *vapsá*, y del español *gozne* < *gonce*, a lo que añade el problemático  $\eta\nu\iota\alpha$  < \**a:nsia*, skr. *nāsyam*. Después la sil-

<sup>4</sup> En contraste con la mención de pasada que hace de esta cuestión Bartoněk (2003: 140-141).

<sup>5</sup> El resumen correspondiente de Bartoněk (2003) se encuentra entre las páginas 146 y 147.

<sup>6</sup> Nótese que los autores mencionan, quizá por error, a Wathelet en el apartado b).

bante ha terminado por aspirarse tras haber pasado a sonora (Grammont, 1948: 52-53). De esta forma para Wathelet la grafía del Micénico *me-no* reflejaría  $\mu\eta\nu\omicron\varsigma$ , y en esta secuencia ya no podría operar la ley de Osthoff.

La ventaja de esta hipótesis estriba en que los alargamientos compensatorios encuentran una explicación fonética sencilla: las vibraciones correspondientes a la /h/ que cierra la sílaba se añaden a la vocal precedente al relajarse, y finalmente perderse, su articulación. Desde esta perspectiva los argumentos en contra de la hipótesis c) pierden peso<sup>7</sup>, porque los grupos ya no se conservan en Micénico, aunque no podamos determinar la cronología de la ley de Osthoff; como nota el propio Lejeune (1972: 220), ésta puede ser anterior o posterior al Micénico; únicamente se puede añadir que, al ser ésta anterior a la pérdida de las oclusivas finales, si se propone una fecha posterior a las tablillas, hemos de pensar que en ellas habrían de conservarse aquéllas, idea sobre la que los autores muestran alguna reticencia (cf. p. 88).

En resumen, la complejidad de este problema deriva de los siguientes hechos: a) la coincidencia de tratamiento de los grupos /sL/ y /Ls/, b) la acción de la ley de Osthoff (/V:LC/ > /VLC/), y c) la aspiración y pérdida de la /s/ antigua. Con respecto a las tres soluciones que se discuten en esta obra hay que hacer notar lo siguiente: la primera (a) supone que el Tesalio y el Lesbio, que presentan geminadas para el resultado de estos grupos, han evolucionado aparte del Beocio, que muestra alargamientos compensatorios, la segunda (b) supone una metátesis de la silbante, que encuentra alguna base en ciertas grafías alfabéticas de estos grupos en posición inicial de palabra (cf. p. 112), y la tercera (c) supone una evolución común para todos los dialectos griegos, en lo que afecta a este problema, y evita suponer la metátesis de la silbante, aparte de insertarse en una evolución general del sistema consonántico, que requeriría una discusión sistemática.

De modo análogo, y coherentemente con su posición, adoptan una evolución para los grupos /ws/ y /sw/ semejante a la de los demás grupos de líquida y silbante (pp. 116-117), de forma que en Micénico tendríamos el estadio correspondiente a la forma aspirada /w<sup>h</sup>/ con los correspondientes ejemplos: *na-wi-jo* ( $\nu\acute{\alpha}\varphi\eta\iota\nu < *nas-wyon$ ) y *pa-ra-wa-jo* ( $\pi\alpha\rho\alpha\varphi\acute{\alpha}\iota\omega < *para:wsayo:$ ). También aquí excluyen la posibilidad de una geminada, como primer paso en la evolución del grupo, argumentando que ésta sólo podría realizarse como un diptongo seguido de consonante, es decir,  $\nu\acute{\alpha}\varphi\eta\iota\nu$ ,  $\pi\alpha\rho\alpha\varphi\acute{\alpha}\iota\omega$ . Indudablemente los autores tienen razón al pensar que una /w/ geminada es algo raro, muy inestable y problemático en su realización, pero creo que el problema requiere alguna explicación mayor dada su complejidad. En efecto, en estos grupos interviene un corte silábico, que originariamente marcaba la frontera entre /w/ y /s/, es posible que se haya producido una metátesis que ha hecho coincidir los grupos \*ws y \*sw. Además hay que tener presente la naturaleza de las semivocales y su diferencia con las vocales: las semivocales se encuentran siempre en los márgenes silábicos a diferencia de las vocales que ocupan el núcleo; la fonética experimental ha señalado que aquéllas (vocoides aproximativos) tienen una duración mucho menor que éstas (Crystal, 2000: 506), y cualquier aumento de duración

<sup>7</sup> Éstos parecen reducirse al problema que plantea la etimología del numeral  $\acute{\epsilon}\nu\nu\acute{\epsilon}\alpha$  (cf. Peters 1991).

las convierte en vocales o en fricativas (Dieth, 1950: 397 y 161). Por lo que respecta a las geminadas Dieth (1950: 423) recoge su existencia en el dialecto alemán de Suiza: *Eier*, pronunciado /ɛijjɛr/ y *hauen*, pronunciado /hauw|wen/, con el corte silábico entre los dos glides. Por lo que respecta al griego parece que /w/ no ha pasado a fricativa, al menos, hasta época tardía, cuando aparece el grafema [β] para representarla, sino que se ha eliminado progresivamente en los dialectos. El resultado de los grupos en cuestión ha sido la vocalización, por ejemplo, en lésbico (ναῦος, εὔωθα), lo que se explica perfectamente a partir de una geminada cuyo glide implosivo ha aumentado su duración a expensas del segundo, convirtiéndose la geminada en una vocal de timbre u<sup>8</sup>.

Otro problema espinoso se encuentra en la doble grafía -ο-, -ο-ι, para los dativos de plural (p. 146-147). La oscilación ortográfica de Cnosó frente a la norma más clara de Pilo, donde -ο-ι se reserva para los dativos, invita a pensar que se trata de realidades diferentes, como notan los autores muy adecuadamente, pero no excluye la posibilidad de que se trate de la necesidad de dejar bien claro gráficamente que se trata de un dativo.

El apartado dedicado a tratar de las preposiciones (pp. 175-177) quizá habría quedado más claro separando netamente aquéllas que se emplean con casos (ἀμφί, ἀπύ, ἐν, ἔνεκα, ἐπί, ὀπί, μετά, παρό, πεδά) y las que sólo aparecen en composición, atendiendo al hecho de que no es un grupo numeroso y que el significado en ambos usos no tiene por qué coincidir. Así ocurre con περί, que sólo se atestigua en Micénico en composición con el valor de encarecedor de cualidad («muy»), como en Περιμήδης, desde este punto de vista el significado que se da («alrededor de») puede inducir a confusión. Igualmente se debería añadir al menos un listado de aquellas preposiciones que funcionan como preverbios, la posibilidad de que haya algún ejemplo de tmesis (Ruipérez, 1997: 503-531), y hacer alguna mención aquí a ciertas formaciones de adverbios que ya están presentes en micénico, como las formas en -θεν (*a-po-te-ro-te*), recogida junto a otras formas adverbiales en pp. 164-165, o los adverbios *za-we-te* (cf. τῆτες), *po-ro-te-ra* y *o-u-te-ra*, por ejemplo (vid. Bartoněk, 2003: 346-348).

Convendría también ilustrar con algunos ejemplos el problema de la restauración de la /s/ intervocálica en los futuros (p. 191); al menos la redacción de la frase final del segundo párrafo, tal como está, resulta sorprendente: «En cambio, en los futuros en que la falta de la -s- hubiera dado como resultado formas que se confundían con las de presente, la -s- se mantuvo». Tal afirmación es contradictoria con el ejemplo del verbo δίδωμι, *do-se*, que se menciona en el mismo lugar, ya que en este verbo no es posible la confusión entre presente (reduplicado) y futuro. Igualmente requeriría algún comentario la transcripción de *a-ke-re-se* como ἀρήσει, como también hace Bartoněk (2003: 139), ya que el testimonio del Lésbico apunta a un tema ἀρε- (Chantraine, 1968: 14, s.v. ἄρα).

En cualquier caso el problema de la conservación o restauración analógica de la -s- en los futuros resulta complejo (vid. López Eire, 1971: 327-330) e incluso en

<sup>8</sup> En realidad esta solución puede reducirse a la conservación del límite silábico: /nas|wos/ > /nah|wos/ > /naw|wos/ > /nau|wos/, que puede corresponder a la grafía atestiguada en Lésbico.

aquellos verbos en los que se ha perdido la *-s-* y han contraído las vocales se ha reintroducido (futuros dóricos), indudablemente por la presión que ejercía el morfema de futuro. En el apartado dedicado al aumento (p. 200-201) se podrían incluir las observaciones que sobre su uso hace Ruipérez (1997: 529-530).

Por lo que se refiere al apartado de sintaxis, como hemos dicho, se puede decir que es quizá la parte más novedosa de este manual. Basta comparar la extensión que dedica a este apartado la *Introducción* (cerca de 40 páginas) con las 7 que ocupa el apartado correspondiente en Bartoněk (2003: 439-445). El modo como aborda la *Introducción* la sintaxis se mantiene en la descripción evitando cualquier postura preconcebida. Indudablemente este punto de partida es inexcusable en una lengua como la de las tablillas, en la que la escasez y el tipo de textos hacen la tarea reconstructiva casi imposible en este nivel lingüístico (véanse las advertencias contenidas en el primer apartado (pp. 205-210). Sin embargo, en algunas ocasiones se esperarían comentarios un poco más pormenorizados, que ayudarían a una mejor comprensión de lo que se quiere decir; me refiero a casos como el que se presenta en la página 211, donde se hace notar la concordancia del adjetivo en dativo con nombres en instrumental (ἔλεφαντείοις ἀνδριάμφι). El comentario que cierra el párrafo correspondiente resulta opaco, ya que se quiere deducir de esta concordancia únicamente un «estatus especial dentro del conjunto de desinencias de la flexión nominal» para *-φι*. Creo que no estaría de más precisar algo más qué se quiere decir con estas palabras y también mencionar, aunque sólo fuera de pasada, que esta concordancia puede ser un fenómeno de reducción morfemática, y sobre todo que el fenómeno indica una sinonimia entre ambos casos: el instrumental sería entonces un tipo especial de dativo.

Sería conveniente explicar con mayor detalle lo que se quiere decir con la afirmación de la página 216 referida al acusativo: «Por el tipo de textos con que contamos, el caso acusativo no aparece con demasiada frecuencia». De hecho la lectura de las páginas siguientes muestra casi un catálogo completo de los distintos usos del acusativo (complemento directo, temporal, de cantidad, de relación, con preposición y adlativo con *-δε*), lo que lleva a pensar que su empleo admite una variedad que no se ve afectada por la frecuencia. Este apartado termina (p. 218) mencionando la alternancia del acusativo de dirección con el dativo propio; sería conveniente hacer también alusión a este hecho en el apartado correspondiente al dativo.

En el párrafo final del apartado que se dedica al genitivo, quizá por cierto prurito en evitar la terminología tradicional, se habla del genitivo acompañado de la postposición *-δε* sugiriendo que debemos entenderlo mediante la omisión de la palabra para ‘casa’, en otros términos se trata del conocido genitivo elíptico de época histórica y sería oportuno al menos mencionarlo en este punto. Sería muy oportuno resaltar el procedimiento, mencionado de pasada en la página 227, de la repetición del dativo *ἕτερου* para indicar el valor distributivo, que en época alfabética se expresa mediante preposiciones.

También debería buscarse una redacción mejor para los dos párrafos iniciales que se dedican al valor del presente (p. 230). Parece que se da por supuesto que el presente de indicativo tiene un valor aspectual neutro, pero tal como aparece redactada la primera frase da la impresión de que se confunde aspecto y tipo de acción

(Aktionsart) o aspectualidad (vid. Crespo-Conti-Maqueira, 2003: 268-269 y 274-275). En realidad, «las acciones puntuales, habituales y durativas» pertenecen al nivel del lexema, y no al valor aspectual del presente, que podemos definir como durativo. El ejemplo que se comenta a continuación (PY Ep 704.5) en ese mismo lugar no es contrario a un valor durativo: la acción de ‘proclamar’ se presenta como durativa independientemente del tipo de acción que corresponda al lexema *e-u-ke-to*. De hecho el valor puntual del presente de indicativo sólo se da en contextos que se refieren al pasado o al futuro, y quizá algunos usos narrativos como el que recogen Crespo-Conti-Maqueira (2003: 275)<sup>9</sup>. En nuestra tablilla la acción de ‘proclamar’ se presenta con la misma duración que se puede atribuir a ‘tener’, en tanto quien hace esta reclamación de propiedad no la ha hecho una sola vez, sino que sostiene en el tiempo sus derechos.

Otro ejemplo interesante en el que la dificultad de la interpretación del texto provoca cierta incertidumbre en la interpretación sintáctica se encuentra en la página 233 al hablar del participio de futuro. En ella al discutir el ejemplo de MY Oe 127, φάρφεια ἐφεψησόμενα, se ofrece la traducción «mantos que han de ser tejidos (?)», que resulta un tanto incomprensible, como indica el punto de interrogación que la acompaña. En realidad, lo mismo que pasa en el ejemplo de PY Un 267 (traducido «para el perfume que iba a ser cocido»), que figura en esa misma página, se trata del uso del participio en construcción concreta, del tipo *Sicilia amissa*, y basta con cambiar la traducción para que el texto resulte perfectamente inteligible, de forma análoga a la versión que se ofrece para este segundo ejemplo unas páginas antes (226), donde se traduce así: «para la cocción del perfume». Es decir, basta con traducir «para el tejido de mantos», o mejor «para tejer mantos», para que desaparezca cualquier duda y la necesidad de suponer cualquier idea de obligación. El examen de estos ejemplos desde esta perspectiva deja claro que el futuro tiene valor temporal que indica una acción posterior al verbo principal o al momento del habla, del que se deriva fácilmente un valor de finalidad. Todas estas cuestiones y la existencia de construcciones de participio concertado con el sujeto en nominativo quizá merecerían un apartado independiente, como hace Bartoněk (2003: 440-441), aunque fuera muy breve, ya que la frecuencia de las formas de participio en las tablillas es bastante alta.

También resulta de difícil comprensión el párrafo tercero de la página 235, dedicado a la evolución del tema de perfecto, en el que se quiere resumir toda la prehistoria de este tema verbal estableciendo una relación entre transitividad, voz media y aspecto verbal, que requeriría una redacción más analítica<sup>10</sup>. Así, no resulta eviden-

<sup>9</sup> Nótese que en muchos casos se trata de un problema de interpretación o de traducción. Así el ejemplo de Jenofonte (*An.* 1. 8. 26, εἰπὼν «Τὸν ἄνδρα ὁρῶ» ἵετο ἐπ’ αὐτὸν καὶ παῖει), en el que se quiere ver un valor puntual, puede traducirse «Estoy viendo al hombre» y no «Ve», como se hace en este lugar, con lo que se percibe claramente el valor durativo.

<sup>10</sup> Quizá se ha querido evitar entrar en un problema para el que existe una bibliografía enorme; véase por ejemplo para las relaciones que se pueden establecer entre la voz media y el perfecto Bader (1972: 1-21) o el resumen sobre la evolución del perfecto que ofrece Szemerényi (1970: 269-276) o sobre los problemas de la voz (Szemerényi, 1970: 234-238) y, lo que quizá esté más cercano, el estudio de Rodríguez Adrados (1974). Para el perfecto en micénico siguen siendo de utilidad los estudios de Chantraine (1967) y de Szemerényi (1967).

te, sin más especificaciones, qué relación se da entre las «construcciones transitivas» y «la expresión del resultado de una acción pasada», y lo mismo ocurre con la frase que cierra este párrafo, en la que se da por supuesta toda una teoría de la evolución del perfecto sin referencia bibliográfica alguna que pudiera servir de orientación al lector, sobre todo cuando se trata de un manual pensado en los estudiantes de clásicas. El problema de comprensión es más grave aún porque entre los ejemplos que se mencionan previamente figuran tanto participios de perfecto en  $-\mu\epsilon\upsilon\omicron\varsigma$  con valor pasivo, como formas activas que reciben una traducción pasiva ( $\iota\kappa\kappa^w\iota\bar{\alpha}$  ...  $\acute{\alpha}\rho\alpha\rho\upsilon\iota\alpha$ , «un carro ... ajustado»).

El apartado de sintaxis termina con tres tipos de oraciones complejas que transmiten los textos micénicos (coordinadas, completivas de infinitivo y temporales). Pero se echa de menos, aunque sólo fuera de pasada, una mención a las oraciones de relativo, tal como la que se documenta en PY Un 1314 (cf. p. 172), y alguna referencia al problema que plantean los signos [o] y [jo] para introducir oraciones, que aquí (p. 242) se prefiere interpretar como adverbio, pero no por ello deja de estar abierta la posibilidad de interpretarlo como una conjunción (cf. Ruipérez, 1997: 528-529). Igualmente sería conveniente hacer alguna referencia, quizá remitiendo al apartado IV 7.5 (p. 199), a la posibilidad de que los textos guarden testimonio de una partícula modal  $-qe$ , teniendo en cuenta que en algunos textos en los que aparece una forma verbal acompañada de esta partícula se entienden difícilmente, si se interpreta con valor de coordinación, aunque en algunos casos puedan explicarse como ejemplos de uso corresponsivo, semejante al que está bien atestado para  $-\tau\epsilon$ : cf. *e-ke-qe wo-ze-qe* en PY Ep 613, l. 13, *a-di-ri-ja-te-qe po-ti-pi-qe*, en PY Ta 707. Y algo semejante ocurre en el ejemplo que se cita a propósito la coordinación (PY Tn 316), lo que merecería algún comentario. A propósito de la posibilidad de un valor no coordinado de  $-qe$  habría que añadir en el buen resumen que se hace en la p. 199 de la hipótesis de Ruipérez (1987) los nuevos datos que se aporta en 1997 (*o-u-qe a-ke-re-se*, PY Aq 64-Aq 218), *o-u-qe te-re-ja*, PY Eb 149 + 940)<sup>11</sup>.

La sexta parte se reduce a un resumen, muy bien hecho y sucinto (6 páginas), de los datos que caracterizan al micénico desde un punto de vista dialectal, tanto en lo que se refiere a las posibles diferencias dialectales en su seno, como a su posición con respecto a los dialectos de época alfabética. Dada esta característica se puede entender que no se haya entrado a discutir otros ejemplos de más compleja interpretación, pero quizá se podría haber mencionado, aunque sólo fuera de pasada que en Pilo se emplea /hiyus/ para «hijo» frente a /hiyos/ en Micenas y Cnoso (Ruipe rez 1992: 151)<sup>12</sup>, ya que se hace mención de ella al referirse a los rasgos característicos del micénico frente al griego posterior (p. 248). En cualquier caso en este punto puede servir de ayuda el tratamiento detallado de los problemas que plantea la consideración dialectal del micénico el manual de Barton k (2003: 446-497).

Las dos partes siguientes forman en realidad un conjunto. En efecto, la antología de textos, en la que se manifiesta un cuidado extremo en la edición (no se encuentran erratas ni descuidos, salvo la redacción británica del epígrafe 5), encuen-

<sup>11</sup> Ruipérez (1997: 531-533).

<sup>12</sup> Véase el cuadro de Barton k (2003: 275).

tra su interpretación y comentario en el glosario<sup>13</sup> que sigue inmediatamente (en cambio la ausencia de referencia en cada entrada al texto de donde procede limita su utilidad, aunque aligere el glosario). De esta forma el libro adquiere una utilidad apreciable para los estudiantes que se enfrentan a esta materia. Por lo que respecta a los textos que se recogen en ella hay que decir que proporcionan un panorama de todos los aspectos que se reflejan en las tablillas, muchas veces con interpretaciones ajustadas del contenido de cada serie. En notable en estas dos partes el extremo cuidado con el que se ha corregido el texto: no se encuentra en ellas errata alguna.

En suma, todas estas observaciones no van más allá de problemas de detalle que pueden mejorar en algún caso el texto para próximas ediciones. Todo ello no obsta para que nos encontremos con un manual de gran utilidad, que proporciona una visión de conjunto sobre las cuestiones que plantea el micénico y el momento en el que se encuentra la investigación en esta especialidad, así como una puesta al día de los problemas de la lingüística griega en los primeros textos conservados de esta lengua. Desde este punto de vista el libro de Bernabé y Luján marca un hito importante en la historia de estos estudios, que merece una justa felicitación por el esfuerzo que se ve acumulado en él. Al respecto la comparación de éste con el manual de Bartoněk resulta muy fructífera: en muchos aspectos ambos libros resultan complementarios y en otros la lectura de la *Introducción* resulta mucho más provechosa. La gran acumulación de tablas paradigmáticas que caracteriza al manual de Bartoněk resulta muy útil para la consulta. Frente a ello el contenido teórico que se encuentra en la *Introducción* hace de ella un magnífico medio de estudio.

He encontrado en mi lectura las siguientes erratas:

- p. XIV. «TEXOS» por «TEXTOS».
- p. 2. El ideograma para la tinaja de cuatro asas corresponde a la de tres asas.
- p. 8. En el apartado 2.3.2 se repite «medida».
- p. 13. Falta una coma ante «de Chadwick - Godart - Killen →».
- p. 21. Faltan dos comas que separen la oración de relativo «que de hecho debían existir».
- p. 32. Faltan las comillas para incluir el significado de πέρα «al otro lado».
- p. 37. Falta el paréntesis inicial detrás de «e-wa-ko-ro».
- p. 44. «aternancia» por «alternancia».
- p. 66. En la transcripción de los ideogramas se ha trastocado el orden de los superíndices «f» y «m».
- p. 119. Falta la fecha de la referencia del trabajo de Chadwick, que probablemente es 1964.
- p. 189. Aparece la comilla simple de apertura en lugar del espíritu áspero del antropónimo Ἄνυμενός.
- p. 190. Tercer párrafo: «hemo» por «hemos».
- p. 198. Tercer párrafo: «aprezcan» por «aparezcan».
- p. 202. Primer párrafo: «pertencian» por «pertenecían». Sobra la coma detrás de «que» en la frase «que, en oposición a», o falta detrás de ‘consagrado’. En el segundo párrafo falta el paréntesis de la referencia bibliográfica de Duhoux.

<sup>13</sup> Sobre este punto hay que hacer referencia a la clasificación y estudio de las particularidades del léxico micénico que se encuentra en Bartoněk (2003: 351-438) muy útil para obtener un panorama general del carácter de los textos escritos en lineal B.

- p. 229. Se usa la abreviatura ‘top.’ por topónimo; sería mejor evitarla, ya que no se vuelve a emplear.
- p. 232. En la transcripción al alfabeto griego de la tablilla PY Eb 862 se cambia la posición del participio  $\text{ἑόρζων}$ .

#### BIBLIOGRAFÍA

- BADER, F. (1972), «Parfait et moyen en grec», en Bader (1972: 1-21).  
 — (ed.) (1972), *Mélanges de linguistique et de philologie grecques offerts à Pierre Chantraine*, Paris: Klincksieck.
- BARTONĚK, A. (2003), *Handbuch des mykenischen Griechisch*, Heidelberg: Winter.
- CHANTRAINE, P. (1967), «Le parfait mycénien», *SMEA* 3: 19-27.  
 — (1968), *Dictionnaire étymologique de la Langue Grecque I*, Paris: Klincksieck.
- CRESPO, E.-CONTI, L.-MAQUIEIRA, H. (2003), *Sintaxis del Griego Clásico*. Madrid: Gredos.
- CRESPO, E.-GARCÍA RAMÓN, J. L. (1997), *Berthold Delbrück y la sintaxis indoeuropea hoy. Actas del Coloquio de la Indogermanische Gesellschaft (Madrid, 21.24 de septiembre de 1994)*, Madrid – Wiesbaden: UAM- Reichert.
- CRYSTAL, D. (2000), *Diccionario de lingüística y fonética*, Barcelona: Octaedro.
- DIETH, E. (1950), *Vademekum der Phonetik*, Bern: Franck.
- GRAMMONT, M. (1948), *Phonétique du grec ancien*, Lyon: IAC.
- LEJEUNE, M. (1972), *Phonétique historique du Mycénien et du Grec Ancien*, Paris: Klincksieck.
- LÉTOUBLON, F. (1992), *La langue et les textes en Grec ancien. Actes du colloque Pierre Chantraine (Grenoble –5-8 septembre 1989)*, Amsterdam: Gieben.
- LÓPEZ EIRE, A. (1971), «En torno a la pérdida de \*-s- en griego», *Estudios Clásicos* 64: 319-331, recogido en *Estudios de lingüística dialectología e historia de la lengua griegas*, Salamanca: ICE, 1986.
- RUIPÉREZ, M. (1992), «Quelques remarques sur le nom mycénien du ‘fils’», en Létoublon (1992: 151-156).  
 — (1997), «Mycenean Greek and its contribution to the reconstruction of IE syntax», en Crespo-García Ramón (1997: 527-536).
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1974), *Evolución y estructura del verbo indoeuropeo*, <sup>2</sup>Madrid: CSIC.
- SZEMERÉNYI, O. (1967), «The perfect participle active in Mycenaean and Indo-European», *SMEA* 2: 7-26.  
 — (1970), *Einführung in die Vergleichende Sprachwissenschaft*, Darmstadt: Wiss. Buchgesellschaft.
- WATHELET, P. (1970), *Les traits éoliens dans la langue de l'épopée grecque*, Roma: dell'Ateneo.  
 — (1969), «Le premier allongement compensatoire en Mycénien et chez Homère», *Atti e memorie del secondo congresso internazionale di micenologia (Roma-Napoli ottobre 1991)*, II: 815-823.